

FRANCISCA SOLAR

LA
SÉPTIMA
M

CROSS
BOOKS

I

2 DE AGOSTO DE 2001 VIEJAS RENGILAS, VIEJOS AMIGOS

El prefecto de Investigaciones de Chile, Carlos Urrutia, llamó suavemente a la puerta, aun sabiendo que podía pasar sin ningún tipo de preámbulos. Lo que lo detenía era, en realidad, algo más fuerte que su poder autoritario: su repulsión a los muertos.

Miró la manilla y, asqueado por su aspecto grasiento, ni siquiera la tocó. Agudizó el oído e inclinó la cabeza, creyendo escuchar una voz femenina al final de la sala, pero fue incapaz de entender sus palabras. Suspiró. Sin esperar réplica, enfundó su mano derecha en uno de sus guantes de cuero, tomó impulso y empujó la hoja de vidrio ahumado con los nudillos, rezando porque el aroma a bálsamo no lo noqueara. Y entonces la vio, solitaria, iluminada por un débil foco sobre su cabello. Estaba frente a la última camilla.

—Sophie —pronunció, dirigiendo acto seguido su mirada hacia sus zapatos. No quería tropezar con algo desagradable.

La sala número cuatro de la Morgue Central siempre lograba intimidarlo. Era oscura y fría, abrumadoramente silenciosa, de baldosas en un principio celestes, pero ya amarillas por el paso inacabado de la muerte y su podredumbre. No era la primera vez que entraba ahí, pero en cada visita sentía el peso lúgubre de las almas tortuosas, errantes, siempre sufrientes. Evitaba el contacto con manchas de sangre mientras pudiese. En el fondo, admiraba que una joven como ella tuviera los cojones para permanecer horas ahí, de pie, alerta.

—*Monsieur* Urrutia —saludó Sophie, curvando sus labios y alzando las cejas. Su cabeza se alzó apenas por sobre la luz lateral—. No te angusties. Terminó en un minuto.

A pesar de que Sophie Marie Deutiers casi no tenía recuerdos de su infancia en tierras galas, las clases personalizadas del idioma hasta que cumplió la mayoría de edad le ayudaron a conservar un exquisito resquicio del acento respectivo. Para Urrutia, escuchar de vez en cuando ese *monsieur* le hacía sentir más respetado de lo habitual, y, en estos casos, lo ayudaba a evadir el desagrado de su espacio inmediato. Aunque no por mucho.

Reaccionando al eco de sus palabras más tarde de lo que debería, el prefecto asintió, agradecido. Entre esas paredes los segundos se hacían eternos, el silencio erizaba los vellos grises de su nuca y se transformaba en su conciencia, recordándole que sus persistentes nervios ya habían derivado en una costosa cirugía de marcapasos hace menos de un año. No podía darse el lujo de sudar. Cual caballo de plaza, imaginó unas firmes anteojeras adheridas a sus sienes, y esperó, quieto, a que ella diera muestras de generosidad y lo sacara de ahí.

—Déjame adivinar. ¿Quieres darme trabajo extra? —preguntó ella de repente, sobresaltándolo. El hombre había permanecido tan inmóvil que casi había olvidado respirar—. Los muertos descansan, pero nosotros no.

Él carraspeó.

—Preferiría hablarlo en tu oficina, si te parece bien.

Divertida por la mueca de asco en el rostro de su tutor —prefería «padrastró», aunque técnicamente no lo fuera, sin olvidar que en una breve ocasión también fue su jefe—, Sophie se encogió de hombros y asintió. Cambió la posición de la luz, dirigiendo el foco hacia la pared contraria, para luego estirar su cuello y enderezar su espalda, haciendo crujir varias de sus vértebras. Si estaba lo suficientemente concentrada, podía perdurar mucho tiempo en las más extrañas posiciones.

Escribió un par de cosas en una carpeta de cubiertas negras en cuerina, suspiró algo cansada y subió con cuidado el cierre de la bolsa del cadáver hasta llegar a su coronilla. Entonces quitó sonoramente sus guantes de látex, uno a uno, mientras intentaba hacerlos calzar en el basurero más cercano. Urrutia observaba sus rápidos movimientos y enseguida, sin explicaciones, la joven se acercó a la puerta y salió. Él corrió tras ella.

Era de noche y gran parte de los funcionarios se habían ido. De vez en cuando se escuchaba alguna puerta cerrarse a lo lejos, o el sonido metálico de las ruedecillas de una camilla al salir de un pabellón. Las luces del pasillo alargaban las sombras de quienes deambulaban, pero no exhibían el final del camino, acentuando el carácter siniestro del entorno. Sophie se desenvolvió con soltura hasta llegar a una de las oficinas, pero el prefecto apenas lograba sincronizar sus articulaciones. Nunca se acostumbraría a la morgue.

—Veo que no han considerado mi iniciativa sobre una remodelación.

Deteniéndose un momento en los viejos guardapolvos del estrecho cubículo, ella sonrió para sus adentros. Le dio la espalda a su visitante unos segundos, mientras quitaba la credencial de su solapa que decía «Tanatóloga forense», colgaba la bata blanca en el perchero y descolgaba ágilmente su chaqueta y bufanda.

—Sé que te encantaría que esto luciera más como una maternidad, pero puedes esperar eternamente —bromeó, aunque algo en serio—. Hay personas que llevan treinta años trabajando aquí, Carlos. Las baldosas amarillas que tanto te repugnan para ellos significan solidez, tradición. Que el tiempo pasa, pero que las cosas no cambian tanto después de todo.

—Sacrificar niños en templos también era una tradición y bien que pudimos superarla como humanidad.

Sophie sonrió a medias.

—Los pantalones que apestan a formol demuestran que eres parte del grupo. Es pertenencia. Sea hoy o siglos atrás, la muerte sigue teniendo el mismo hedor.

—Pues qué bueno que las oficinas de la Brigada de Homicidios están en otro edificio.

—Así nos entendemos.

El prefecto intentó sonreírle de vuelta, pero palpó suavemente la carpeta bajo su brazo y lo pensó una vez más.

—¿Terminaron el informe preliminar de los hermanos Maciel? El ministro está presionándome.

—Sí. Solo estaba revisando que todo estuviera en su lugar. Hace rato pasé mi hora de salida.

—Bien. Recuerda enviárselo al subprefecto Ramírez. Necesito los detalles cuanto antes.

Ella esperó un momento antes de moverse. Subió una ceja, curiosa, captando en el tono del detective aquello que él no se animaba a decirle. Comenzó a preocuparse.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo de lo que debería enterarme?

Él giró la cabeza, intentando ganar tiempo. Recorrió el lugar con la vista hasta que se detuvo en una desgastada pizarra de corcho y un amago de complacencia se asomó entre las arrugas profundas de su frente. Aunque Sophie se había resistido con un sinfín de argumentos, él había logrado, hace casi un año, que aquel recorte de periódico que ahora observaba permaneciera a vista del público. Según su parecer, vanagloriarse por logros alcanzados con esfuerzo era un ritual necesario de afirmación en el mundo, sobre todo respecto de autoestimas que requieren de «empujoncitos» constantes. Ella odiaba escuchar ese tono de lástima disfrazado de buena crianza, pero casi nunca replicaba. Su mano izquierda, temblorosa, inició un recorrido inconsciente hacia el frasco de Xanax escondido en el bolsillo de su abrigo. Las benzodiazepinas nunca eran un buen antecedente y debilitaría su postura, como siempre, a la hora de discutir.

El titular señalaba: «Capturado secuestrador y asesino de J. M. Johns en espectacular operativo», y la foto central —a media página y todo color— la ocupaban el mismísimo Carlos Urrutia junto a otro detective más joven, Marco Feliciano, en pleno arresto. Sus nombres, cargos, roles en la brigada y hasta teléfonos de contacto aparecían en el dichoso artículo, que, además, se replicó en todos los diarios regionales del país, pero Sophie solo había sido nombrada una vez, destacando tanto su juventud como su ojo experto en las pesquisas al cuerpo de Johns, «hallazgo fundamental para cerrar el caso». Y el prefecto no dejaba de recordárselo. Tener ese recorte ahí, subrayaba él con ternura, la ayudaría a recordar que su talento tenía buen uso fuera de la morgue, aunque su extrema humildad —o síndrome del impostor— la llevara a rechazar casi cualquier peritaje que la obligara a salir de sus cómodas cuatro paredes embaldosadas. Si alguien requería de su pulso técnico para alguna investigación sinuosa o que desafiara toda lógica —sus favoritas, por lejos—, debía ir a dejarle la evidencia sobre el escritorio.

Eso es lo que Carlos hizo, abriendo sobre una mesa contigua la carpeta marrón que había estado apretando bajo el brazo. Como una campana escolar que anuncia el recreo, un suave clic aguzó la intuición de Sophie.

—Sé que probablemente dirás que no, pero cuando lo recibí pensé inmediatamente en ti. Te encantan estas cosas.

Miró de reojo una silla acolchada junto a la puerta, pero no intentó sentarse. De pronto, ella le ofreció salir de ahí lo más pronto posible y discutir el asunto en un café del centro, pero él negó con un gesto. Alegó premura.

—No me digas, ya sé. ¿Volvieron a encontrar supuestos restos humanoides en Coquimbo? Pasé meses explicándoles la confusión, creí que se había resuelto. Necesitan a un veterinario o un paleontólogo, no a...

—No se trata de eso —la interrumpió, apoyándose levemente en el umbral. Un reflector del pasillo rozaba parte de su traje gris,

dejando marcas brillantes en la tela—. Esto es diferente. Es más... complicado.

Lo primero que pensó decir fue: «Nada más complicado que un montón de fanáticos de la ciencia ficción», pero comprendió en el acto que no era el mejor momento para hacer chistes.

Lo vio corregir la postura de sus lentes.

—¿Qué tan complicado?

—Lo suficiente como para que un pueblo aislado, a mil kilómetros al sur de aquí, se convierta en la noticia extravagante del momento —le aseguró, incómodo, como si escupiera las palabras de su boca—. Aunque, claro, es justamente lo que trato de evitar.

Sophie retrocedió un par de pasos y tomó la silla que Urrutia había rechazado.

—Te escucho.

El prefecto tosió a la fuerza e irguió la espalda. Estaba cansado; había sido un día agotador, lleno de papeleo, memos y citatorios, pero necesitaba dar su último esfuerzo. Mañana sería un esperado sábado y la carga se aflojaría.

—El doctor de la zona es Miguel Hidalgo. Dice estar perdido, que necesita a alguien de mente abierta —comenzó a hablar, mientras apuntaba a algunas hojas de la carpeta—: Cinco jóvenes se han suicidado en los últimos dos meses y teme que pueda haber más. Dos de ellos juntos, todos sin testigos. Dice que hace un tiempo sucedieron siete suicidios en un mes.

—Interesante —respondió Sophie, sin pestañear—. Son muchas muertes para un pueblo pequeño...

—Demasiadas —coincidió Urrutia, en un tono que alentaba el repentino interés de su pupila. Ella notó la estrategia, pero le siguió el juego.

—Perfectas para la portada sensacionalista de algún periódico de circulación nacional...

—No me importan las portadas —admitió—, pero preferiría que comunicaran una investigación en proceso y no un caso escandaloso del que nadie entiende nada.

Ella estuvo de acuerdo.

—¿Y sabemos cómo murieron?

—No, el doctor no especifica causas de muerte. Simplemente menciona que han encontrado los cuerpos flotando en el río o varados en las riberas.

Sophie asintió con la mirada perdida, pensando.

—Los suicidios en enjambre son inusuales, es cierto, pero no tanto en estos tiempos. ¿Recuerdas el caso de Ohio? Setenta y ocho personas muertas por ingesta de cianuro, todas de la Iglesia del Juicio Final. La locura por el cambio de milenio se vivió en todos lados.

—Lo recuerdo, y no creas que descarto esa teoría, pero, si esto se tratase de alguna secta de lunáticos, Hidalgo lo habría mencionado —apuntó—. Dice que las familias no colaboran, que nadie habla del tema y que por alguna razón carabineros no se está involucrando más allá de lo burocrático. El doctor despótica que ninguna persona ahí ha tomado el peso de lo que ocurre, y, aunque tenía órdenes de no comentarlo con nadie, me ruega por ayuda...

—¿Órdenes de quién?

Urrutia se encogió de hombros.

—No lo especifica.

Sophie apoyó los codos en sus rodillas y se detuvo a pensar otra vez, mientras recibía una hoja brillante de su interlocutor.

—De todos los fallecidos, solo me envió registros del primero —continuó él. Desdobló la fotografía y se la mostró, desviando su propia vista oportunamente. Ella entendió por qué: no era mucho lo que podía identificarse de su rostro amoratado, salvo una masa amorfa de sangre y masa encefálica—. Me fijé que tiene la marca de agua de la agencia Silver de reporteros gráficos, pero no han respondido mis llamadas. Sobre lo demás, estoy en un callejón. Llamé también a la oficina regional y en nuestros archivos no hay

nada sobre este tema: ni nombres, ni fechas de deceso, ni menos sus autopsias. Quizá no existen, o las familias las han considerado propiedad confidencial, o pueden estar confiscadas por la policía local.

—No pueden obstaculizar la investigación reteniendo ese tipo de material. No tiene sentido.

—*Pueden*, pues no se ha abierto una causa específica... hasta el momento.

Sophie arrugó la nariz. Tal como Carlos lo relataba, todo era muy extraño, y su usual fascinación por los misterios sin resolver comenzó a picarle en la garganta.

—Espera. Si no se ha abierto un caso porque no ha habido una investigación oficial, entonces ¿cómo sabes todo lo que me cuentas?

Urrutia suspiró profundamente.

—Este tipo... Hidalgo... Se comunicó directamente conmigo. El mensaje llegó a la conserjería de mi edificio. Venía sellado y marcado como «intransferible», identificado con mi nombre, pero no con mi cargo, sin dirección de remitente ni código postal.

Nuevamente extrajo algo de la carpeta. Era un papel mediano, craquelado, doblado en tres. Tenía marcas de lacre en uno de los costados. Con letras en trazos disparejos, alargadas y confusas, como si la mano que las escribió no supiera bien qué hacía, Hidalgo relataba lo sucedido en pocas líneas. Los tildes eran líneas enormes, las comas apenas se distinguían de los puntos y las mayúsculas eran excesivamente grandes. «Letra de doctor», moduló Sophie en su cabeza, consciente de que aquel cliché no se amoldaba a ella. Porque, bueno, nunca terminó Medicina. Después de dos años de estudios, dejó todo por una carrera técnica menos exigente y más acorde con su sentido de propósito: Tanatología Forense. Carlos nunca olvidaría las palabras con las que le explicó su decisión: los médicos buscan sanar a las personas y, por tanto, trabajan con la vida. Ella quería dialogar con la muerte.

Mordiéndose el labio inferior, Sophie deseó haber tenido conocimientos más profundos en pericia lingüística. Para leer esa carta necesitaba destreza grafológica.

—¿Cómo consiguió tus datos?

—Ni idea.

Bajó los hombros.

—No sé si entiendo cuál sería mi rol en todo esto...

—Nadie más salvo tú y yo sabemos de esto —continuó él, ya algo sombrío—, y genuinamente quisiera ayudarlo. Es un caso muy inusual. Intuyo que la clave para resolverlo está en los cuerpos, igual que en el asesinato de J. M. Johns, y por eso creo que eres tú la más indicada para indagar.

Ella desvió la mirada hacia el suelo.

—Pareces muy seguro de que este Hidalgo consentirá la asistencia de una «jovencita» ...

—Lo haré, pues la «jovencita» es el profesional más calificado que personalmente enviaré para la investigación. Así se lo diré en una nota de mi puño y letra que tú le entregarás.

Se miraron, primero con seriedad y luego con cariño.

—Realmente te preocupa que deje de aspirar formaldehído, ¿eh? Carlos permitió que su sonrisa fuese más amplia.

—Por mí te enviaría un mes a Cancún, pero sé que me odiarías. Ya me resigné a que te parezcan seductores los pabellones congelados y los cuerpos diseccionados, pero respirar otro aire te haría muy bien.

—Aún te queda un escollo: el doctor Balmaceda. Mi jefe me tiene en buena estima, no dejará que falte a mis funciones diarias así como así—lo tentó, pero el prefecto se quedó quieto, apretando los labios. Sophie se sorprendió—: ¿Ya hablaste con él? ¿Hablaste con él antes que conmigo?

—No te enojés, solo estaba ganando tiempo —se defendió, lo más inocente que pudo—. Le dije que tenía otro caso difícil de resolver donde necesitaba tu ayuda. Acordó darte un par de

semanas de receso si me comprometía a nombrarlo a él en las notas de prensa cuando esto se resolviera.

Sophie resopló. Nada más predecible que el ego masculino.

—Nunca antes el equipo de la Morgue Central tuvo tan buena publicidad...

—Nunca antes del caso Johns, no. Y fue gracias a ti.

—Haces que me arrepienta de haber aceptado ese trabajo.

Y Urrutia sabía que, muy probablemente, hablaba en serio.

—En fin... Eres mi mejor opción para tratar este entuerto con la discreción que Hidalgo pide para no sufrir represalias... Al menos hasta que tengamos evidencia suficiente para abrir un expediente criminal. Quizá la respuesta a los suicidios es más simple de lo que creemos y no será necesario nada más que un par de detalladas autopsias. O quizá... Bueno, quizá te espera una interesante historia.

Sophie encogió el mentón.

—Lo dices como si hubiese algo sobrenatural respecto de este caso...

Él le mantuvo la mirada.

—Nunca descarto nada. Sé que tú tampoco.

Tras un momento de pausa, ella golpeó la fotografía del primer suicida contra su mejilla, suavemente. Luego la volteó hacia su acompañante.

—Ningún vaivén errante entre los roqueríos provoca esto, Carlos —le aseguró, y él prefirió confiar, pues no toleraba ver la escabrosa imagen por más de un segundo—. No explica este nivel de daño en hueso y tejido. Es más sugerente de violencia propinada por terceros, por ejemplo. O tal vez una caída de gran altura. Es una zona montañosa, ¿no? ¿Hay riscos?

A pesar de que el tema ameritaba la más profunda seriedad, el prefecto le sonrió por inercia.

—Dime que no te mueres por partir el lunes a primera hora.

Ella bajó los hombros. Luego le devolvió la sonrisa, arrugando un ojo.

—Partiré el lunes a primera hora.

Él enderezó su postura y cerró sus puños en señal de triunfo. Ella se levantó de la silla para tomar la carpeta, cerrarla y abrazarla contra su pecho.

—Te enviaré con uno de esos móviles Nokia que están tan de moda... Seguro podré conseguir alguno con mi secretaria.

—¿Hay antenas en la zona a la que me envías?

—Probablemente no —dudó él, entendiendo el problema que le generaba no haber pensado en eso antes—, pero llévalo de todas maneras. Si no conecta la llamada lo intentamos por mensajes de texto. Conseguiré uno y lo llevaré mañana a tu departamento junto al ticket de avión. ¿O prefieres un teléfono portátil?

—No, no... Odio esa tecnología obsoleta. No pienso cargar un enorme maletín en medio del bosque.

—Como sea, necesito alguna forma de ubicarte...

—Pero solo iré por unos días. Volveré y te entregaré un informe muy detallado, lo prometo.

—Es una zona aislada, puede ser peligroso...

—Si fuese peligroso, no me enviarías ahí.

—Lo sé, solo dije que *puede* serlo, y entonces...

Ella bajó los hombros.

—¿Te preocupa no poder controlar todos mis movimientos, Carlos?

La conversación entusiasta e incluso afectuosa que habían tenido hasta hace un minuto se desmoronó como castillo de naipes. Lamentablemente, podía decirse que era algo habitual. La verdadera y más importante razón por la que Sophie evitaba involucrarse en investigaciones de la Brigada de Homicidios era esa: aunque él tuviese las mejores intenciones, era un hombre terco y sobreprotector, a veces hasta abrumador. Ni siquiera como mujer independiente podía escapar de sus intentos, explícitos o no, de conocer cada acción o decisión de su pupila. Incluso una vez descubrió que la mandó a seguir por uno de sus subal-

ternos... «Para su protección», se defendió él, acusando que el vecindario al que ella se dirigía no era seguro. El cariño también ahoga, pensó Soph. No podía olvidar cuán difusa era la frontera entre el paternalismo y la manipulación cuando se trataba de su relación con Carlos Urrutia.

—Sophie... Por favor, no quiero discutir...

—Fantástico. Entonces, trátame como el adulto que soy y deja que tu «profesional más calificado» haga su trabajo. Recuerdas a qué viniste, ¿no?

—Ni el profesional más calificado puede prescindir de protección en ciertos contextos. Lo sabrías si hubieses entrado a la Academia de Investigaciones —pronunció, punzante.

—Pero no lo hice. Preferí aprender a desmembrar muertos, y así es como le soy útil al mundo.

—También me eres útil si sigues viva y en una pieza.

—Haré mi mejor esfuerzo.

El prefecto retuvo la respiración, asintió en un gesto breve y luego movió los hombros tratando de parecer relajado. No engañaba a nadie: Sophie sabía que ya estaba pensando en cómo arreglárselas para enterarse de cada cosa que ella hiciera o dejara de hacer en el dichoso pueblo sureño. El asunto es que ya era muy tarde, estaba cansada y solo quería llegar a casa. No era el momento de volver a viejas rencillas.

Carlos puso un pie fuera de la oficina. Ella no se movió.

—Gracias por aceptar —murmuró, apuntando a la carpeta—. De verdad creo que eres la experta más indicada para viajar.

—Lo sé —respondió Soph, buscando un tono conciliador—. Te veo mañana.

Se dirigieron un último gesto cortés de despedida y lo vio desaparecer tras la puerta. Siempre lograba convencerse de que ya tendrían tiempo para hablar de sus discrepancias, pero ese tiempo jamás llegaba. ¿Explotaría algún día? Tal vez.

Apenas el eco de los pasos de Urrutia en el pasillo fue lo suficientemente débil, Sophie movió el cuello en un lento círculo. Luego habló en voz alta hacia donde estaba el monitor de su PC.

—Ni te atrevas a decirme que estás interesado.

Se escuchó una fuerte carcajada, pero la envolvía una extraña interferencia, como si viniera de una línea telefónica.